

Un partido para gobernar... y trascender

Por Álvaro Pezoa, Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de los Andes

El reciente Consejo General del principal partido de gobierno dejó definiciones relevantes para su propia colectividad, al tiempo que actualizó una pregunta que toda democracia madura debería hacerse: ¿cuál es la misión de un partido doctrinal cuando llega al poder? La respuesta exige mirar más allá del éxito de una administración. Porque gobernar, siendo importante, no debería agotar la misión de una colectividad política.

El partido primordial de gobierno no está llamado ni a ser un espejo del Ejecutivo ni un factor permanente de tensión. Su responsabilidad es distinta. Mientras el gobierno conduce el presente, el partido junto con colaborar inteligente y decididamente con él, debe custodiar la tradición del país y abrir caminos para su futuro.

La tentación que debe evitar una tienda política en estas circunstancias es que, para mostrar autonomía, comience a distanciarse públicamente del gobierno, multiplicando excesivamente las exigencias o generando controversias innecesarias que terminen dificultando la gobernabilidad. La independencia buscada se transforma entonces en pernicioso afán de protagonismo.

Le corresponde, en cambio, contribuir al Gobierno y la sociedad preservando el ideario que lo identifica, consolidando su solidez doctrinaria y enriqueciendo permanentemente su visión del país, para responder a los nuevos desafíos sin renunciar a los principios fundamentales. Debe ofrecer un horizonte de desarrollo integral para la nación, inspirado en una determinada comprensión de la persona, del bien común y de la vida en sociedad; capaz de orientar las políticas públicas y de dar continuidad a una tarea que necesariamente supera un período presidencial.

Esa misión requiere una vida interna vigorosa: formar dirigentes, preparar nuevas generaciones de líderes, edificar una cultura de estudio, estudiar con rigor los problemas nacionales, promover el debate de ideas, y fortalecer su presencia en la comunidad. Si descuida estas responsabilidades, tarde o temprano carecerá de capacidad para seguir sirviendo al país.

Además, los partidos no sólo sostienen gobiernos, también la democracia. Son custodios de un patrimonio político y cultural que reciben de quienes los precedieron y que tienen el deber de enriquecer y heredar a quienes vendrán. Cuando una colectividad termina convertida en una mera maquinaria electoral o en una estructura puramente instrumental al poder, esa misión comienza a desdibujarse. En cambio, cuando fortalece sus convicciones, configura una organización política robusta y mantiene una mirada de largo plazo, contribuye decisivamente a la estabilidad y progreso del país.

Un partido doctrinario no trasciende sólo por el tiempo que permanece en el poder, sino por la profundidad de las ideas que encarna, la calidad de los líderes que forma y el favor que presta al bien común.

Opinión

Edición papel digital

Cuatrocientas mil razones para innovar en salud

Jorge Acosta
Director ejecutivo
Instituto de Políticas Públicas en Salud
USS Universidad San Sebastián



Se rompió un récord. Al 31 de marzo, uno de cada 43 beneficiarios de Fonasa estaba en espera por una cirugía. Son casi 400 mil personas. Equivalente a la población de la comuna de Santiago o casi todos los habitantes de la región de Tarapacá. De eso estamos hablando.

Es entendible, entonces, la importante insatisfacción de los chilenos con la disponibilidad de atención sanitaria (20 puntos porcentuales peor que el promedio OCDE). Es razonable que, en todas las encuestas, se exija que la salud sea priorizada: siempre se mantiene entre los primeros puestos de las principales preocupaciones ciudadanas.

Para intentar resolver el asunto, se han implementado varias iniciativas, pero su éxito ha sido fugaz. En enero se celebraron los resultados de la "Estrategia de Recursos Extraordinarios en Listas de Esperas" (RELE), que pudo bajar el stock de pacientes al finalizar 2025. Tres meses más tarde, entre el epítelo del gobierno saliente y los albores del entrante, se constata que el producto de dicho esfuerzo se esfumó velozmente.

Esta dinámica no es aislada, sino más bien estructural. Los recursos destinados al Minsal se han incrementado sostenidamente: en 20 años, el presupuesto sectorial ha crecido en 420% en términos reales. Del total del gasto del Estado, a salud se destinan uno de cada \$5. No obstante, la productividad no ha crecido proporcionalmente: recién el año pasado —es decir, en 6 años— se lograron recuperar los niveles prepandémicos de actividad.

Por su parte, la actual administración ha priorizado un grupo de pacientes en los que la dilación puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. Y ha tenido resultados bastante significativos: 9 de cada 10 pacientes oncológicos, que estaban en espera o con atrasos injustificados (33 mil al 31.01.26), iniciaron atención, tratamiento o se cumplió la garantía GES pendiente. Gracias a la Alerta Sanitaria se pudo lograr en menos de 3 meses. Ahora, los aprendizajes de esta exitosa medida deben servir para ayudar a 2,5 millones de personas que permanecen en alguna fila de la red estatal.

El futuro se avizora aún más desafiante: la violenta transición demográfica nacional implica una significativa merma de la población activa (generadora de recursos) y, al mismo tiempo, un desproporcionado aumento de adultos mayores (con sobrecarga de enfermedades crónicas).

Frente a esta realidad, vale la pena pensar en propuestas de acción que sean innovadoras. ¿Por qué no concesionar la gestión de los hospitales que tengan los peores resultados? ¿Por qué no permitir que una empresa B se haga cargo una red de Cesfam? ¿Por qué no transformar a Fonasa en un organismo técnico, con directorio, a lo Banco Central? O quizás, algo más sencillo: ¿por qué no se establecen incentivos a los funcionarios de la salud por la cantidad de personas que atienden, en vez de los años de servicio?

En cualquier caso, lo cierto es que el viejo aforismo no se equivoca: si seguimos haciendo lo mismo, no esperamos tener diferentes resultados.

Un partido para gobernar... y trascender

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de los Andes



El reciente Consejo General del principal partido de gobierno dejó definiciones relevantes para su propia colectividad, al tiempo que actualizó una pregunta que toda democracia madura debería hacerse: ¿cuál es la misión de un partido doctrinal cuando llega al poder? La respuesta exige mirar más allá del éxito de una administración. Porque gobernar, siendo importante, no debería agotar la misión de una colectividad política.

El partido primordial de gobierno no está llamado ni a ser un espejo del Ejecutivo ni un factor permanente de tensión. Su responsabilidad es distinta. Mientras el gobierno conduce el presente, el partido junto con colaborar inteligente y decididamente con él, debe custodiar la tradición del país y abrir caminos para su futuro.

La tentación que debe evitar una tienda política en estas circunstancias es que, para mostrar autonomía, comience a distanciarse públicamente del gobierno, multiplicando excesivamente las exigencias o generando controversias innecesarias que terminen dificultando la gobernabilidad. La independencia buscada se transforma entonces en pernicioso afán de protagonismo.

Le corresponde, en cambio, contribuir al Gobierno y la sociedad preservando el ideal que lo identifica, consolidando su solidez doctrinaria y enriqueciendo permanentemente su visión del país, para responder a los nuevos desafíos sin renunciar a los principios fundamentales. Debe ofrecer un horizonte de desarrollo integral para la nación, inspirado en una determinada comprensión de la persona, del bien común y de la vida en sociedad; capaz de orientar las políticas públicas y de dar continuidad a una tarea que necesariamente supera un periodo presidencial.

Esa misión requiere una vida interna vigorosa: formar dirigentes, preparar nuevas generaciones de líderes, edificar una cultura de servicio, estudiar con rigor los problemas nacionales, promover el debate de ideas, y fortalecer su presencia en la comunidad. Si descuida estas responsabilidades, tarde o temprano carecerá de capacidad para seguir sirviendo al país.

Además, los partidos no sólo sostienen gobiernos, también la democracia. Son custodios de un patrimonio político y cultural que reciben de quienes los precedieron y que tienen el deber de enriquecer y heredar a quienes vendrán. Cuando una colectividad termina convertida en una mera maquinaria electoral o en una estructura puramente instrumental al poder, esa misión comienza a desdibujarse. En cambio, cuando fortalece sus convicciones, configura una organización política robusta y mantiene una mirada de largo plazo, contribuye decisivamente a la estabilidad y progreso del país.

Un partido doctrinario no trasciende sólo por el tiempo que permanece en el poder, sino por la profundidad de las ideas que encarna, la calidad de los líderes que forma y el favor que presta al bien común.

LT latercera.com

Declaración de Intereses en
www.grupospena.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesvi S.A.

Atención a suscriptores
en su correo virtual
lt@lucernavirtual.latercera.com



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 77

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus opiniones al contenido o
cobertura del diario a:
lectores@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:

lt@lucernavirtual.latercera.com

o: Avenida Apoquindo 4660, Santiago.

La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos ajustados conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a los
excesos de lenguaje injurioso y sin
fundamentación. Las cartas recibidas no
son devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Madurez política

Javier Sajuria
Profesor de
Ciencia Política
Queen Mary University



La imagen de la guardia de honor que acompañó los restos de Enrique Krauss nos debería recordar lo mucho que nuestro país ha avanzado en construcción democrática e institucional. Ver al Presidente Kast, junto a los expresidentes Frei y Boric, rindiendo honores es el reconocimiento de una madurez política que a veces parece perdida. Al evento se le pueden hacer, al menos, dos lecturas. La primera es doméstica, que nos habla sobre la tensión entre los pactos de élites y la representación política. La segunda es internacional, y contrasta con la difícil transición de poder que se viene en el caso de Colombia.

Desde el retorno a la democracia, Chile fue construyendo su estabilidad política e institucional sobre la base de acuerdos de élites, al lado de una desmovilización de la sociedad civil. Así, alrededor de los inicios de los 2000 se hablaba de la baja cohesión social de Chile, como una forma de reflejar el creciente individualismo y la pérdida de las organizaciones de base que habían sido clave en el quehacer político antes de la dictadura. Los partidos políticos en el poder y la oposición, en cambio, hacían un ejercicio constante de arrastrar votos y sostenerse en el poder, pero manteniendo su incorporación en el tejido social al mínimo nivel posible. Tanto fue así, que académicos como Altman y Luna (2011) hablaban de que nuestros partidos eran estables, pero sin raíces. Esa falta de raíz social terminó por explotar el 2019, no sin advertencias desde las movilizaciones del 2005. La imagen de una élite sin conexión ciudadana se convirtió en la postal de nuestro país.

Pasan los años, vienen oleadas de protestas violentas, y parece que volvemos a valorar esos acuerdos entre élites. Si bien no se han resuelto los problemas de cohesión social y representación, a veces queda la sensación que la alternativa es peor. Por eso, eventos como el fallecimiento del

exministro Krauss sirven como ventana a ese país del pasado, en que adversarios políticos eran capaces de sobreponerse a sus odiosidades para rendirle honores a uno de los suyos. La imagen no deja de develar las tensiones de nuestro país, pero también permiten recordar que hay espacio a la cordura, al recogimiento y al respeto mutuo.

El hecho es aún más notorio cuando lo comparamos al actual proceso de transición de poder en Colombia. Por un lado, hay un Presidente en ejercicio fuertemente cuestionado, tanto por sus acciones personales como por sus resultados de gestión, y que no parece querer entregar el poder sin hacer una pataleta porque, aunque ha admitido que si participará del cambio de mando, no lo hará sin antes reclamar ante todas las instancias de que hubo fraude. Asimismo, quien debería asumir como Presidente en agosto, busca presentar a su futuro antecesor como un delincuente. Con esos criterios, la posibilidad de una transición ordenada y beneficiosa para el país quedan en el suelo.

Chile tiene muchas tareas pendientes en temas políticos y de representación, pero es posible que estemos aprendiendo a hacernos cargo de ellas no a costa de lo construido, pero en base a ello. Algunos lo llaman buena fortuna, yo prefiero creer que es madurez.